

LAS FIESTAS DE LA CRUZ DE MAYO EN EL BARRIO DEL MERCADO

La costumbre de levantar un largo tronco podado y descortezado, conocido como “*mayo*”, hunde sus raíces en la noche de los tiempos. Algunos autores se remontan al inicio de las prácticas agrícolas, en el neolítico, y relacionan su simbolismo con la fecundación de la madre tierra, al inicio del ciclo vital de la naturaleza, invocando una cosecha abundante. Ha sido, pues, una práctica habitual en sociedades rurales y campesinas, como lo fue el segoviano barrio del Mercado, durante siglos. La cristianización asimiló estas celebraciones reconduciéndolas y dotándolas de nuevo contenido.

Es muy posible que la “*subida del mayo*” se iniciase en la ciudad en el siglo XII con la repoblación, en aquel barrio de hortelanos entorno a la románica iglesia de Sto. Tomás, y con su crecimiento se plantase en su parte más elevada, junto a la milenaria calzada que comunicaba la ciudad con la cercana sierra, en el lugar donde después se desgajaría el camino a Hontoria y Villacastín. La construcción de la ermita dedicada a la Santa Cruz, en el siglo XV, consagró definitivamente la fiesta y la romería popular.

Cuando yo era niño, conforme avanzaba el mes de abril, la chiquillería del barrio estábamos un tanto inquietos y recordábamos a los vecinos que se acercaba la fiesta. Aunque el tiempo ya nos dejaba estar siempre en la calle, no jugábamos al escondite, habíamos dejado en casa las chapas, la sogá, el peón y las canicas. Cada uno nos habíamos fabricado una cruz con dos listones de madera o dos pequeños palos unidos por unas cuerdas. Como bandadas de alborotadores gorriones, recorríamos el barrio pidiendo de casa en casa “*una perrita para la Cruz de Mayo*”: era el recuerdo imborrable de la desaparecida procesión que el gremio de pañeros hacía en la mañana del día 3, hasta la ermita desde su capilla en el convento de San Francisco, documentada desde 1570 hasta 1825, durante la cual se pedía limosna de casa en casa.

Las fiestas de la Cruz en el barrio del Mercado se han caracterizado por dos aspectos muy diferentes: la subida del mayo y el día de la Cruz.

El primero conforma el aspecto más popular y festivo. El día 2, muy de madrugada, las mejores yuntas de bueyes del barrio tirando de dos carretas engalanadas, salían camino del pinar de Balsaín. Antes habían ido a la alameda de Peladera, en Hontoria, la más próxima, o a las que rodeaban la ciudad, pero la alarmante disminución del número de árboles obligó a los vecinos a recurrir al pinar.

Elegían un ejemplar bien derecho, de 60 o 70 pies de alto y más de 150 arrobas, que sujetaban firmemente en una de las carretas. En la otra cargaban otros cuatro o seis pinos más pequeños para hacer las tijeras. De vuelta a Segovia no se encaminaban directamente a la ermita de la Cruz, sino que bajaban por Chamberí, pasaban frente al Espolón y el Convento de San Gabriel, descansaban ante el Parador del Norte, cruzaban bajo los arcos del Acueducto por el Azoguejo, ante la expectación de los segovianos que acudían al oír el sordo repiqueteo de los enormes cencerros que portaban los bueyes, y hacían las veces de bocina de pregonero para convocar a todos por la tarde ante la ermita.

En la gran explanada que allí había se daba cita todo el barrio y buena parte de la ciudad. El largo tronco era el centro de atención, tendido en el suelo, descortezado y untado de sebo para dificultar la subida de quienes quisieran trepar en busca de los premios contenidos en las cintas atadas a la cruz que le coronaba. Se había abierto un estrecho y profundo agujero para asentarle y se habían construido las tijeras con troncos atados a modo de aspa para ayudar a levantarlo.

Dos largas maromas, servidas por decenas de hombres, equilibraban el conjunto y tiraban de él cuando el apoyo en las tijeras disminuía al ganar altura. Era una labor a la vez ardua y delicada, una tarea colectiva donde todos los esfuerzos se unían a la voz de un capataz. Cuantos años Apolinar Gutiérrez demostró su maestría en esta delicada labor...

El esfuerzo y el peligro de caída obligaban a extremar el cuidado, la labor de equilibrio con las maromas era cada vez más necesaria y la maestría del capataz se ponía entonces bien de manifiesto. Tras dos horas o más de esfuerzos, el mayo caía en el agujero, momento en que todos los espectadores prorrumpían en vítores y aplausos. Una vez afirmado con unas buenas cuñas, comenzaba el baile de rueda, al son de la dulzaina y el tamboril, donde participaban todos hasta el anochecer.

La romería se celebraba el día 3 y aunaba los aspectos popular y religioso. Era la más bulliciosa y concurrida de la ciudad. Los mozos elegían entre ellos a dos alcaldes para presidir la fiesta. La rebolada por el barrio se iniciaba temprano. En cada casa se recibía bien a los mozos, se les obsequiaba con bollos caseros y vino. En un gran botijo con una ranura recogían las propinas. Si había alguna moza en la casa, se paraba un poco más: había que convencer a la dueña para que la dejase salir y participar en el baile. Tras un forcejeo fingido, se obtenía el permiso y la moza se incorporaba a la fiesta. Dulzaina y tamboril abrían la comitiva. Cada poco se paraba y todos se arremolinaban en torno a los músicos para bailar. La rebolada recorría todo el barrio terminando en la explanada frente a la estación del ferrocarril, pasadas las dos de la tarde. Las

celebraciones de los años de la postguerra estuvieron entre las más recordadas por multitudinarias: tal era la necesidad de diversión y de olvidar por unas horas tantas carencias y necesidades...

Por la tarde, en la Dehesa, se corrían las cintas y los gallos, había concurso de carretas engalanadas y, al caer la tarde, de nuevo baile de rueda en torno al "mayo".

La Calle Real del Arrabal, luego Calle del Mercado y hoy de José Zorrilla, se llenaba de puestos hasta la plazuela del Hospital. Los había de avellanas, de almendras garrapiñadas, pero lo que los segovianos venía a comprar a la Cruz de Mayo era el botijo que mantendría el agua fresca todo el verano: venían botijeros incluso de Extremadura... Aunque los entendidos decían que los mejores eran los de la tejera de los hermanos Martín Peña, en la carretera de Villacastín: el alfarero se había especializado tanto en su trabajo, que, incluso, elaboraba botijos para los maquinistas de la Compañía del Norte, planos por uno de sus lados para adaptarse a la pared exterior de la locomotora, donde se colgaban, evitando así su rotura con el traqueteo. Eran tan apreciados que algunos maquinistas cumplían encargos para compañeros de toda España.

Durante todo el verano el "mayo" presidía las tareas de trilla. Las eras se situaban en torno a la ermita. Los labradores acarreaban, trillaban, aventaban y cribaban en los terrenos de la Dehesa. Era un trabajo ininterrumpido que solo se detenía a las dos de la tarde del domingo, cuando los hermanos de la Esclavitud del Santo Cristo de la Cruz se reunían en la sacristía de la ermita "*para tratar una hora de las cosas convenientes a la Santa Esclavitud, rezar el Rosario y Letanía y encomendar a Dios a los esclavos difuntos*".

La festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, día 14 de septiembre, es la fecha señalada para "apear el mayo". De los caudales de la Devoción del Cristo se daban ocho reales a los mozos para hacer la tarea y ayudarles a pagar la fiesta. El palo se vendía y el dinero era para la Devoción.

La fiesta de la subida del mayo ha sido durante siglos un ejemplo de cómo en las sociedades campesinas se entendía la participación desinteresada de todos sus miembros para alcanzar una meta común. Si en otros lugares era el mantenimiento de los caminos o las caceras, la reparación de los puentes o la limpieza de las lagunas para abreviar el ganado, en el segoviano barrio del Mercado era la subida del mayo el momento culminante de la participación ciudadana. Esta tradición, y la fiesta que se iniciaba entonces, no se podían entender sin que todos y cada uno de los que aquí vivían y se afanaban pusieran su grano de arena. Nadie faltaba a las rebotadas y todas las puertas estaban abiertas.

El barrio fue durante muchas décadas uno de los más pobres de la ciudad, pero durante décadas la alegría desbordante era la tónica de la fiesta: había que olvidar la necesidad y la pobreza, tantas veces angustiada, aunque solo fuera por unas horas.

*Alberto Herreras Díez.
Mayo de 2013.*